

NACIONALISMO

EL tema del nacionalismo está de moda en México. Lo abordan los sociólogos, lo desmenuzan los filósofos. Y últimamente han reparado en él los escritores. No siempre, sin embargo, se plantea en sus justos términos; por desgracia suele tomársele, más bien, como un pretexto para desencadenar a su sombra estériles resentimientos personales.

ESENCIAS

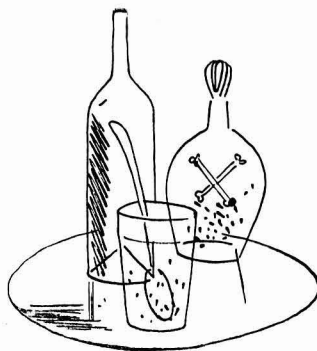
HAY un nacionalismo válido: el que podría llamarse abierto. Quienes lo adoptan buscan, con los ojos bien atentos a lo mejor universal, consolidar las esencias, y nunca los accidentes ni las meras rutinas, de una tradición peculiar y viva. No dicen: "lo nuestro es bueno por ser nuestro, y lo demás es malo", sino que afirman: "somos algo, y no deseamos perder lo que somos en aras de una indiferenciación que a nada superior nos lleva; aceptamos todas las lecciones, y simplemente nos prometemos tratar de digerirlas e integrarlas". Pero esto, en realidad, no es nacionalismo; es llano sentido común e instinto de conservación.

SUICIDIO

EL nacionalismo cerrado, por contraste, proviene de las inteligencias cortas o de los prejuicios largos y entraña una actitud suicida. Quienes lo defienden, con frecuencia de una manera solapada, aunque gritona, niegan su propia libertad en fuerza de negar la ajena. No respiran, ni comen, ni duermen; se limitan a vigilar el resue-



LA FERIA



DE

LOS DIAS

llo, la comida y el sueño de los demás. Y si logran advertir en el prójimo el menor vestigio de alguna experiencia que ellos —oficiosos pontífices de la nacionalidad— no comparten, denuncian la traición, la codicia, la falsedad, o si amanecieron generosos, la debilidad mental.

PARADOJA

Yhe aquí la paradoja. En rigor, esto tampoco es nacionalismo. Es un individualismo negativo, de baja estirpe. O a lo más, un sectarismo vestido de 16 de septiembre. Se alimenta de temores, y por eso su auténtico vigor es nulo. Pretende sólo matar, y por eso nada valioso deriva de su presencia. Se ahoga en incesantes amarguras, y por eso merece nuestra compasión, antes que un diálogo que él mismo procura hacer imposible.

INEXISTENCIA

EL nacionalismo, pues, no existe por sí. Lo han inventado los hombres, unas veces para defenderse, otras para defender y justificar sus pasiones. Lo que existen son esos hombres, agrupados en naciones que les deparan ciertos caracteres. Más éstos y aquéllas son como ventanas por donde se manifiesta una dignidad irrevocable, una noble libertad de movimiento, y una comunidad frente a los semejantes. Y cuando se quiere cerrarlas, dejan sencillamente de ser ventanas, y el aire interior se vuelve asfixiante y nocivo.

REPRESENTANTES

LOS representantes de esta última postura se encuentran simbolizados en el nombre tristemente famoso de un senador estadounidense. Pero abundan en todas partes del mundo —particularmente en Hispanoamérica y concretamente, según ya se sabe, en este México débil y orgulloso— secuaces de aquél, que si jamás confesarían la afinidad propuesta, en cambio practican sin reserva, tamizándolos de acuerdo con su personal ideología y sus posibilidades eventuales, los mismos oscuros procedimientos.

DE NEGACIONES

NO hay que tener miedo de negar, cuando ello es conveniente y hasta necesario, que llega a serlo en determinados momentos. Pero encerrarse en la pura negación, y sobre todo, negar alevosamente y sin valores positivos que oponer a lo que se niega, equivale a sustentarse en el vacío.

